país de calcetines color azul. En el año 1924 ingresó en la orquesta «La Catalana» y en 1929 ganó, por oposiciones, el título de profesor de trombón y bugles en clave de fa, para nuestra Escuela Municipal de Música.

En sus estudios, fué discípulo de solfeo y teoría de los maestros Alsina y J. B. Lambert (q. e. p. d.) y cursó los de trombón y contrabajo, consiguiendo todo el profesorado con el maestro Pedro Valls.

Algunos que conocen mi amistad con Viñolas me han dicho: «¿Oye «Gene», Viñolas debe comer mucho?». No obstante puedo afirmar que no es músico *tragón*, que ya es decir mucho en un músico. Desayuna a la ligera, de toda su vida, con un vaso de agua y un trocito de chocolate, y en lo demás come escogido, pero lo justo para llenar el estómago... Y no es que le ponga un límite su posición, al contrario... Y que perdone Viñolas me introduzca en estas pequeñas interioridades.

Otros me han preguntado: «Oye «Gene», Viñolas que tiene una exquisita pulidez en el aseo y en el vestir, ¿lleva bisoné o es su cabello natural?». Y vuelvo a contestar a los impertinentes: «Viñolas luce su propio cabello abrillantado, aunque no sea con abundancia, pero lo cuida y le cae bien. No encuentro nada de extraño ni particular en ello». Y por segunda vez, pido perdones al amigo, por meterme en detalles personales.

...Y todo es propio del temperamento de cada uno. Su trombón de varas es celosamente cuidado, y al verle por primera vez, parecen los dos —Viñolas y el trombón— salidos nuevecitos de un bazar. Las notas salen brillan-

tes y parecen la agradable voz de un compañero querido... y es que, dejando aparte la buena musicalidad, Viñolas es un profundo enamorado de su instrumento, y se impone sus horas de estudio, que diariamente podéis oír. Es decir, tiene el entusiasmo de *prepararse*, por su dignidad musical y porque sabe que un instrumento de metal compromete al más *pintado*.

En la mesa de un céntrico café, con asientos de segunda clase, degustando una especie de café, que parece caldo de gallina (sin gallina) y una copita de coñac — *cubicada* con una rayita encarnada—, le he expuesto mis modestas pretensiones sobre la música de jazz. Antes de contestar y para hacer más dulce la conversación, ha pedido confidencialmente otra bolsita de azúcar al camarero.

—¿Qué opina Vd. de la música de jazz?

Una pequeña pausa. Saca un cigarrillo rubio de su pitillera —clasificada en negro y rubio, en dos partes, para los *gorrones*—, lo mete en su boquilla negra que saca de una funda de piel, me invita y responde:

—Mi opinión sobre la música de jazz es muy modesta, en mi manera de saber y entender. Desde luego, procuraré contestarte lo mejor posible.

Para mí, la buena música moderna de jazz es magnífica, por tener vida, y me entusiasma por su dinamismo; elevándola a la categoría de *excelente*, porque tiene un progresivo refinamiento en la contextura sonora, exquisitez de procedimientos y de mezclas armónicas y de color, sutilidad en el encaje de los ritmos, etc., etc.

Precisamente en la actualidad se pue-